

podían infundir temor á Damasco, y nada impedía ya al califa dedicar todas sus fuerzas á combatir á Abdallah Ibn Sobeir.

La situación era entonces muy parecida á la que existía treinta años atrás entre Alí y Moawiya. Los omiadas estaban en segura posesión de la Siria y del Egipto, y el anticálifa dominaba aparentemente en la Arabia y en todas las provincias orientales, cuyas fuerzas, sin embargo, estaban divididas por la guerra con los jaridschitas y las discordias intestinas en el Corasan. Era, por lo mismo, tanto más urgente que Abdallah reconcentrase todas aquellas tropas de que pudiese disponer para rechazar con fuerte empuje el ataque de los sirios, ó mejor todavía, para adelantarse á él. No hay duda que esto se lo impedía hasta cierto punto la tirantez de relaciones que existía entre él y los nedschaditas. La neutralidad que habían observado al principio estos jaridschitas árabes se había convertido en actitud hostil desde que Mos'ab había intentado en el año 69 (689), si bien en vano, arrojarlos del Noroeste de la península. Por su parte, Nedschda no había logrado tampoco realizar un golpe de mano sobre Medina, y poco después (por el año 71 = 690) había sido asesinado por algunos descontentos de su propia secta, que eligieron á otro caudillo en su lugar. De todos modos, la actitud de los jaridschitas en la Arabia no era tan peligrosa que, de haber querido Ibn Sobeir permanecer en la Meca, no hubiese podido enviar á lo menos algunas tropas de refuerzo á Mos'ab para ayudarle contra los sirios. Ahora bien: las relaciones entre ambos hermanos no eran muy cordiales. Abdallah era religioso y avaro; Mos'ab, amigo de los placeres y pródigo; aquel, si bien fuerte en palabras, hacía tiempo que había olvidado lo que era exponer su propia persona, y éste, aunque no gustaba tampoco de ocuparse él mismo de todo lo que había de hacerse,—sus festines y sus aventuras amorosas no le dejaban tiempo para ello,—solía proceder con energía, y hasta con temeridad, cuando había peligro en la dilación. Su crueldad con los siitas de Kufa, que había producido general indignación, le acarreó, aunque por corto tiempo, la destitución de su cargo; pero cuando fué reintegrado en él, Abdallah entendió que obraba con demasiada presunción y propia voluntad para un mero lugarteniente; en una palabra, los piques eran continuos entre los dos hermanos, de carácter tan opuesto. Todo eso debería haberse olvidado en aquellos momentos, en que empezaba á peligrar la existencia de ambos; si, pues, Abdallah durante la lucha de los sirios contra Mos'ab no hizo nada para ayudar á éste, y si, por último, se dejó acorralar en la Meca como el tejón en su madriguera, esta es la última pueba, á la par que la más evidente, de que carecía de todas las condiciones de un verdadero soberano y de que era de aquellos hombres que jamás saben tomar una resolución propia porque siempre esperan que sucesos imprevistos vengan, sin poner ellos nada de su parte, á cambiar la situación de las cosas. Una vez, cuando murió Yezid, la suerte se le mostró extraordinariamente propicia; mas no supo valerse de ella y dejó pasar, sin aprovecharlo, el momento favorable. No volvió éste á presentarse por segunda vez, y Abdalmelik, que no pensaba de modo alguno renunciar á este mundo para servir á Ibn Sobeir, se ocupó, por el contrario, con todo ahínco en preparar un fin lastimoso á su rival. El ejército sirio quedó reconcentrado en el año 71 (690), y hacia el otoño se puso en movimiento, partiendo de la Siria septentrional. Esta vez se tomó el camino del Eufrates. Sofar, después de defenderse valientemente durante algún tiempo en Karkisia contra fuerzas tan superiores, se mostró dispuesto á ceder, y el omiada no tenía la menor intención de dificultarle la retirada. Ajustóse un tratado honroso y favorable

para los keisitas, el cual si bien no impidió que por algún tiempo existiesen todavía desagradables asperezas entre ellos y parte de las tropas yemenitas del califa, fué barrera durante largos años á toda séria catástrofe del género de la de Hasir. Prosiguióse luego la marcha por el lado izquierdo del Eufrates; cuando tuvo noticia de ello Mos'ab, mandó pasar también el río á sus tropas de Kufa. En las cercanías de Meskin, junto al Tigris menor (Dudsheil), estaba situado el convento del Katholikos (1), y allí se encontraron los ejércitos del omiada y del sobeirida. Pero el primero había ya enviado, siguiendo la costumbre de su casa, emisarios que secretamente sembraban el oro y las promesas entre los soldados irakeses, haciendo llegar también á manos de sus oficiales cartas con ofertas seductoras. Para estos, á quienes solo importaba que el califa no fuera un descendiente de Alí, no había al cabo grande diferencia entre Sobeir y Omayya. Si bien no tuvo éxito el alzamiento que un confidente de Abdalmelik intentó promover en Basora, logróse con ello que se juzgara necesario dejar una fuerte guarnición en la ciudad. Mohallab estaba peleando en la Persia con los jaridschitas, y así Mos'ab solo tenía á Ibrahim, hijo de Aschtar, en quien pudiera fiar con seguridad. Ibrahim había recibido, como los demás, una carta de Abdalmelik, pero fué el único que la enseñó al general á quien se hacía traición. Ni el uno ni el otro eran hombres para postrarse á los piés del omiada, y cuando se empeñó en la batalla y la mayor parte de los irakeses se apartaron cobardemente de la lucha, ambos cumplieron su deber con unos dos mil hombres más y sucumbieron como héroes, cayendo al lado de Mos'ab su hijo Isa, que se había negado á abandonar al padre en aquel trance (13 Schumada II 71 = 22 de noviembre de 690).

Cuando recibió Mohallab la noticia de la desgracia del que había sido hasta allí su superior, no vaciló mucho tiempo acerca de lo que debía hacer. Considerábase como representante de la soberanía árabe en la Persia y enemigo mortal de los sectarios jaridschitas, y en ambos conceptos poco significaba que fuera Abdalmelik ó Ibn Sobeir el que representara el califato allá en el Occidente. Manifestóse, por lo mismo, desde luego dispuesto á reconocer á Abdalmelik, y éste, en cambio, le confirmó en su mando, tanto más gustoso cuanto que Mohallab era yemenita y por tanto favorable á la tendencia que dominaba á la sazón en la Siria. Fué destituido en el año 72 (691), sin conocimiento del califa, por el nuevo lugarteniente que éste envió á Basora, pero reintegrado otra vez en su cargo en el año 74 (693), pues sus sucesores se habían dejado derrotar lastimosamente por el infatigable Katari, que á la manera de los antiguos héroes del desierto, luchaba por su causa con la espada y con la trova. Pronto veremos cómo Mohallab pudo disponer, por último, de los medios necesarios para terminar definitivamente la misión de que estaba encargado; por el momento, se contentó Abdalmelik con la seguridad de que, á lo menos, Basora no volvería á caer en manos de los jaridschitas. El primer cuidado del califa, tan luego como el homenaje que sin resistencia alguna se le prestó en Kufa le hubo hecho dueño del Irak, fué, como era natural, lograr la sumisión de las ciudades santas y la ruina de Abdallah Ibn Sobeir. Medina fué ocupada sin dificultad, ya que el lugarteniente de Ibn Sobeir supo desaparecer de allí á tiempo; la Meca dió más quehacer. Por más que Abdalmelik no leyera ya su Corán, eran muchos todavía los súbditos suyos que conservaban cierto respeto al libro sagrado, y hubo de pensar en

(1) *Deir El-Gathilik*. Gathilik es la palabra griega *katholikos*, *καθολικός*, título de los Patriarcas de las varias sectas cristianas del Oriente.

buscar otro Muslim ó Ibn Numeir cuya conciencia no le impidiese, en caso necesario, disparar sus máquinas de guerra contra la santa casa. Los antiguos leales, cuya única religión, si alguna habían tenido, se reducía á su adhesión á los omiadas, habían sucumbido, víctimas de la «venganza por Husein;» no había, pues, mas remedio que buscar al acaso. Los oficiales superiores no se manifestaban solícitos por encargarse de misión tan poco halagüeña; pero un coronel, que hasta allí no había tenido ocasión para distinguirse especialmente, se ofreció, pretextando que había soñado que desollaba á Ibn Sobeir. Llamábase este hombre El-Haddschadsch Ibn Jusuf, pertenecía á la tribu Thakify y había sido un pobre maestro de escuela en Taif, circunstancia que no pocas veces le fué recordada durante su vida; pero en todo caso, era un maestro de escuela de los muy pocos que deciden la suerte de grandes guerras. Abdalmelik no se negó á concederle el mando, y pronto demostró Haddschadsch el espíritu que le animaba. El 1.º de Zul-ka'ada del año 72 (25 de marzo de 692) se presentó delante de la Meca. No manifestó mayor respeto que Ibn Numeir en otro tiempo á la santidad de aquellos lugares; cercó la ciudad, la castigó duramente con sus catapultas y rechazó con energía las salidas de los sitiados. Seis meses resistieron los de la Meca el sitio, pero luego empezó el hambre á reducir las filas de los amigos de Ibn Sobeir. Haddschadsch no les imponía duras condiciones: todo el que deponía las armas era bien recibido en su campamento, y pronto se vió Abdallah abandonado por la mayoría de sus partidarios. En los últimos tiempos había vuelto á predicar mucho, pero á la postre prevaleció el árabe sobre el predicador. Impulsado, según se dice, por su madre centenaria, se decidió á poner fin á su desdichada vida con la honrosa muerte del soldado, y así lo hizo con unos pocos amigos leales el 14 (ó 17) de Schu I (1-4 de octubre de 692).

Ya no tenía que luchar Abdalmelik con un anticálifa; sin embargo, no había logrado todavía reunir otra vez todos los territorios del Islam bajo el cetro de los hijos de Omayya. De hecho solo poseía á la sazón la Siria, el Egipto, el Nordeste de la Arabia y el Irak; la mayor parte de la Arabia, la Media y la Persia estaban en poder de los jaridschitas, y el Corasan era presa de las discordias de tribu entre Asd, Modar y Rabi'a. Pero en este punto se evidenció de nuevo la analogía de sus principios de gobierno con los de Moawiya. También quiso tener su Siyad, y le encontró en Haddschadsch, el maestro de escuela de Taif. En el año 75 (694) llegaron hasta el califa las quejas cada vez más apremiantes de Mohallab, que no lograba acabar con los jaridschitas, porque después de restablecida la paz en el Irak, los de Basora y Kufa no querían prestarse á la penosa lucha con los sectarios en las montañas persas y medas; y cuando sus respectivos lugartenientes los enviaban á Mohallab, aprovechaban sencillamente la primera ocasión favorable para regresar á sus casas sin pedir licencia. Haddschadsch se encontraba precisamente en Medina, donde vejaba en manera bastante brutal á los antiguos creyentes que todavía quedaban, cuando recibió su nombramiento de lugarteniente de todo el Irak. Púsose inmediatamente en camino para Kufa, llegando allí en Redscheb del año 75 (noviembre de 694). Opinaba como Siyad, y con razón, que lo primero era hablar claro á la gente. Así, cuando llegó, sin previo aviso, á las primeras horas de la mañana, fuéese derecho á la mezquita y mandó convocar á la comunidad. Los de Kufa, desde que habían expulsado á Obeidallah, estaban muy mal acostumbrados otra vez respecto de lugartenientes. Exceptuando la época de la rebelión persa de Mohtar, que además era cosa muy distinta, durante los últimos diez años habían obrado constante-

mente según su propia voluntad, jamás obedeciendo á la de los llamados emires. Acudieron, pues, en tropel á la mezquita, sin cuidarse de observar la debida seriedad; habían oído decir que había llegado un hombre con la cara cubierta, que deseaba hablar á la comunidad, y muchos esperaban que resultaría de aquello algún nuevo y regocijado alboroto: su desengaño fué grande. Cuando estuvo reunida la comunidad, presentóse el forastero en el púlpito. En vez del «Alabado sea Dios» de rúbrica con que se daba principio á todo discurso en el lugar sagrado, el desconocido, quitándose el paño que cubría su cara, recitó este verso del poeta pagano (1):

«Yo soy el hijo del «que alumbra (2),» y el que se levanta por encima de las montañas; — tan pronto como me quito el velo, ya me conocéis.»

«¿No es cierto, ¡vive Dios! — continuó diciendo, — que hago el lío al mal y le calzo sus zapatos (3), y que devolveré mal por mal? Sí; veo cabezas que ya están maduras, y ha llegado la hora de segarlas; veo sangre entre los turbantes y las barbas...»

Y después de haber recitado algunos otros versos:

«A mí, ¡oh gentes del Irak! no se me aplasta como un higo ni se me hace ruido con odres viejos (4). Me han tentado y reconocido que tenía inteligencia (5), y en la carrera he llegado á la meta. El soberano de los creyentes, Abdalmelik, ha vaciado su aljaba y mordido sus palos (6), encontrando que yo era el palo más duro y más difícil de romper. Por eso me ha enviado á vosotros, que habeis galopado ya demasiado tiempo en medio de sublevaciones y seguido el camino de la ofuscación. ¡Vive Dios, que yo os pelaré como se descortezan los árboles y os ataré como se atan las mimosas (7), y os apalearé como se apalea á camello ajeno (8)!...»

Así fué hablando por el mismo estilo, y ya se puede suponer la indignación de los congregados. Cuando terminada su plática, mandó leer el nuevo lugarteniente, como era costumbre, el escrito oficial por medio del cual Abdalmelik hacía saber y entender á los del Irak el nombramiento de Haddschadsch, y se oyeron las palabras de introducción: «De parte de Abdalmelik, soberano de los creyentes, á los creyentes y musulimes del Irak: La paz sea con vosotros,» no hubo nadie que, conforme al uso, pronunciase el solemne saludo de réplica: «Y la paz sea con el soberano de los creyentes.» Gritó entonces Haddschadsch: «¡Alto!» al que leía, y dirigiéndose á la comunidad: «¡Esclavos del azote (9)! El soberano de los creyentes os saluda y zninguno de vosotros

(1) Soheim, el cual si bien fué contemporáneo de Othman, pertenece por su estilo y manera á los antiguos poetas paganos.

(2) Esto es, yo soy como el primer albor de la mañana, á cuya vista todos exclaman: ¡Ya alumbra! (ya es de día) ó sea: Yo soy uno de los que vencen todas las dificultades, como la aurora disipa las tinieblas de la noche. También la frase siguiente, «el que se levanta por encima de las montañas,» tiene doble sentido, y puede significar: «el que escala montañas,» esto es, el que vence peligrosos obstáculos.

(3) Esto es, que lo arreglo de modo que se aparta de mí y cae sobre vosotros.

(4) Como se hace con el camello asustadizo, al cual se obliga á andar asustándole con el ruido producido con odres secos y vacíos, que se tocan á manera de tambores.

(5) Como se tiente la boca á un caballo para reconocer su edad.

(6) Para probar la dureza de cada una de las flechas.

(7) Las hojas de las mimosas se emplean en los cortidos; como es difícil arrancarlas á causa de las espinas, se acostumbra á sujetar cierto número de ramas con una cuerda, sacudiendo luego con un palo este manojito de ramas, y se recogen las hojas que de este modo caen al suelo.

(8) Que se mezcla con los propios cuando van al abrevadero, y al cual se quiere ahuyentar.

(9) Esto es, que merecís ser azotados.

devuelve el saludo? ¿Es esta la cortesía de Ibn Nijyá (1)? ¡Vive Dios, que ya os enseñaré otra!» Y cuando el lector, obedeciendo a la señal del emir, empezó otra vez la lectura, contestó unánime la congregación: «¡La paz sea con el soberano de los creyentes!»

Y á las palabras correspondieron los hechos. Tres días de plazo concedió Haddschadsch á los de Kufa para disponerse á salir á campaña. Unos pocos, que tuvieron la desgraciada ocurrencia de inventar pretextos, mas ó menos fútiles, con los cuales pensaban eximirse de abandonar sus hogares, fueron sin mas formalidad decapitados. Desde aquel momento ya no faltaron soldados á Mohallab. El 20 de Ramadan del año 75 (12 de enero de 695) derrotó éste á Katari en Kaserun, en la provincia del Fars, siendo luego rechazados, lenta pero constantemente, los jaridschitas hácia el Kirman. En esta provincia se dividieron otra vez los sectarios, estando muchos de ellos descontentos con el proceder de Katari, y de esta suerte pudo el general del califa atacarles aisladamente y aniquilarles poco á poco con mayor seguridad. Katari pereció en el año 77 (696); con él acabaron los llamados asrakitas, los peores de los fanáticos jaridschitas. En el interin había sido necesario sofocar en otras provincias nuevas rebeliones de los puritanos. En la Arabia parece que no volvieron á ocurrir movimientos sino bastantes años despues de haber sido vencidos los nedschitas en 73 (692), pero carecemos de noticias detalladas de aquellos movimientos. Mas peligrosos fueron los retoños que tuvieron en el Irak y en la Persia las rebeliones jaridschitas. Mientras Mohallab derrotaba á Katari en Fars y Kirman, se presentaron en Mosul (76 = 695) partidas de sectarios, menos fanáticos y crueles pero igualmente arrojados, á las órdenes de Salih Ibn Musarrih; y despues de muerto éste, el no menos enérgico Schebib Ibn Yezid, que trataba tambien con mucha humanidad á los habitantes pacíficos, se hizo temible hasta al mismo Haddschadsch. En vano procuró el tremendo lugarteniente del Irak medirse en el campo con el entusiasta campeón de la pura doctrina de la exclusiva soberanía de Allah y de la comunidad: repetidas derrotas marcaron el curso de esta guerra, hasta que á fines de 77 (principios de 697) Schebib, víctima de una desgracia casual, cayó con su caballo de batalla desde un puente en la corriente crecida del Kurun (en el Chusistan), pereciendo ahogado. Con su muerte quedó perdida la causa que defendía, bien que no se entregaran inmediatamente los árabes, irritados así en la Persia como en el Irak contra la severidad de Haddschadsch, y se riñó todavía mas de un combate hasta quedar sofocada toda resistencia. En ningun punto de estas provincias volvió á tomar la lucha el carácter de una rebelion general, y en el año 78 (697) Abdelmelik pudo muy bien llegar á creer que habia cesado ya toda rebeldía en la vasta extension del imperio.

Pero los de Kufa y Basora, que siempre tenían objeciones que hacer cuando una causa verdaderamente justa exigía su cooperacion, al paso que siempre estaban dispuestos á lanzarse en aventuras por motivos frívolos, reservaban todavía al califa y á su *alter ego* en Kufa una desagradable sorpresa, para cuyo inmediato desarrollo escogieron como teatro, por cierto con bastante prudencia, la apartada tierra de Cabul, en la frontera india. Ya Abdelmelik, antes de la muerte de Ibn Sobeir, habia exigido á Ibn Khasim, que estaba en el Corasan, que le prestase homenaje, y como éste se negara, se consiguió excitar contra él á su teniente en Merw, el cual, ayudado por otros contrarios suyos, le derrotó y mató en el año 72 ó 73 (692 ó 693). Enviáronse entonces, tanto allí como

(1) Que habia sido hasta allí jefe de la policía en Kufa.

al Sedyestan, nuevos lugartenientes, los cuales si bien restablecieron en cierto modo el orden, en otros conceptos no se mostraron á la altura de la situacion; por lo que en el año 78 (697), despues de terminada la guerra jaridschita, se juzgó conveniente confiar otra vez al mismo Mohallab el mando del territorio donde habia alcanzado veinte años antes los primeros triunfos. Encargado del Corasan, pudo muy pronto emprender desde allí nuevas correrías por el territorio de Bokhara, si bien el ya anciano héroe no logró coronar su gloriosa carrera con la reconquista definitiva de la tierra transoxánica. Al Sedyestan fué enviado uno de los mas reputados caudillos de los de Kufa, Abderrahman Ibn Mohammed, nieto del kindita Asch'ath, el traidor á Alf. Era Abderrahman un general capaz y querido de sus hombres, y por medio de una táctica no menos prudente que enérgica logró arrojar poco á poco de Cabul á los turcos, que durante la guerra civil habian renegado del Islam, así como hacerse dueño de las ásperas comarcas montañosas del actual Afghanistan. Pero Haddschadsch, que, al igual de Sijad en otro tiempo, tenia, como administrador de todo el Irak, la superior inspeccion de todas las provincias orientales, no era fácil de contentar; censuró la lentitud con que se avanzaba, y habiendo Abderrahman contestado que por el pronto sus hombres habian hecho bastante y merecido que se les permitiese volver por algun tiempo á Kufa al lado de sus familias, recibió una fuerte reprension al mismo tiempo que la orden de proseguir inmediatamente la campaña hácia la frontera india. Sublevóse entonces la altiva sangre del kindita: ¡á él, al nieto de los reyes de la Arabia del Sur, se atreva á decir groserías el maestro de escuela de Taif! Con júbilo asintieron sus soldados cuando les excitó para que sacudieran el yugo de su tirano y del califa que le consentia, y el ejército emprendió la marcha de regreso al Irak (81 = 700) con la manifiesta intencion de destituir á los dos. Mohallab aumentó la ira de Haddschadsch no cerrando el camino al rebelde, aunque se negó tambien, por otra parte, á hacer causa comun con él; pero cuantos sítas, jaridschitas y otros descontentos habia en la Persia afluyeron á formar bajo la bandera de Abderrahman, y cuando llegó á Kirman ya pudo atreverse á tomar el título de califa. Para sofocar esta rebelion Haddschadsch no podia contar con los del Irak; no disponia de muchos sirios, y aun con los refuerzos que habia recibido de Abdelmelik no estaba en posicion de hacer frente á Abderrahman. En el Chusistan sufrió una derrota (fines de 81 = febrero de 701), y aunque alcanzó luego, por mérito de su general de caballería Sofyan Ibn El-Abra, una victoria delante de Basora (Moharram 82 = marzo 701), así no pudo ya sostenerse en la ciudad, porque Abderrahman se habia corrido á Kufa, donde sus compatriotas le recibieron con los brazos abiertos, y situado entonces entre Haddschadsch y la Mesopotamia amenazaba aislar al lugarteniente del califa. Los sirios pudieron darse por satisfechos logrando acercarse á Kufa por el lado Oeste del Eufates, en los límites del desierto, y restableciendo de este modo sus comunicaciones con la patria. Allí se encontraba Abdelmelik de nuevo en la mayor perplejidad. El inesperado éxito del rebelde, á cuyo lado diariamente afluan huestes de partidarios de todo el Irak, le habia causado el mayor asombro. Segun la costumbre de los omniadas, intentó ganar al peligroso adversario por medios pacíficos: desoyendo el consejo de Haddschadsch, el cual aun en la mayor extremidad no reconocia mejor método que el de la resistencia, envió á su propio hermano, Mohammed Ibn Merwan, para ofrecer á Abderrahman la lugartenencia que él eligiese y á los irakeses la destitucion del odiado general en jefe. Abderrahman habria aceptado de buen grado una paz ventajosa,

pero sus hombres estaban ya demasiado engreidos con sus victorias para contentarse con nada menos que la destitucion del califa. No quedó, pues, mas recurso que fiar la decision á las armas. Despues de haber escaramuceado ambos ejércitos durante algunos meses, junto á Deir El-Schamadachim (1) se trabó la batalla, en Schumada II 83 (julio de 702), que fué decidida á favor de los sirios por una enérgica carga de caballería dada esta vez tambien por Sofyan. Los irakeses prosiguieron, sin embargo, la guerra con la mayor tenacidad, y solo una nueva derrota en Meskin logró vencer, si no á todos, al mayor número de los rebeldes de la inutilidad de prolongar la resistencia. Haddschadsch fué bastante prudente para facilitarles por medio de una amnistía la vuelta á sus deberes, y así solo acompañaron algunos centenares de hombres á Abderrahman cuando éste, que poco tiempo antes recorria el camino de la victoria, se vió obligado á emprender el de la fuga. Derrotado otra vez en el Chusistan, se sostuvo, sin embargo, durante largo tiempo en las comarcas montañosas alrededor de Herat, tan á propósito para la guerra de guerrillas, favorecido en ella por sus inteligencias con los turcos de Cabul. Por fin, en el año 85 (704), cuando iba á terminar el reinado de Abdelmelik, Yezid, hijo y sucesor de Mohallab, que habia muerto á fines de 82 (principios de 702), se prestó á acabar con los disturbios en la provincia vecina, y en uno de estos últimos combates pereció Abderrahman, cuando hacia tiempo ya que habia cesado de ser peligroso para el califa y su virey en Kufa. Así desapareció el último rebelde en toda la extension del imperio, al cual la energía de esos dos hombres notables aseguró entonces una nueva y larga era de paz en el interior y de brillante preponderancia en el exterior.

CAPITULO III

APOGEO DE LA DINASTÍA Y SEGUNDO PERÍODO DE CONQUISTA

Es una preocupacion desprovista de todo fundamento, pero no por eso menos extendida, la que opone como contraste á la actividad intelectual del Occidente, al Oriente, sumido en la inercia de monótona inmutabilidad. Semejante concepto es debido ante todo á la aridez intelectual que bajo el régimen turco del tiempo presente impera, aunque apenas con visos de duracion, en el Asia anterior y en el Norte de Africa, y luego á la impresion de inmensa petrificación que producen los monumentos, tantas veces milenarios, del Egipto y de la Asiria en el ánimo del que los contempla. Sin embargo, Goethe supo ya decirnos que precisamente las caras de las esfinges de las pirámides son las únicas que permanecen inmutables ante las grandes vicisitudes de los pueblos: las inundaciones, la guerra y la paz. Pero, así como la mejor inteligencia que cada dia vamos adquiriendo de los testimonios que se conservan inscritos en estos monumentos, nos revela con creciente claridad una vida activa y variada hasta en los tiempos mas remotos, desde el punto en que el turbulento pueblo árabe empieza á influir en los destinos de aquellos países aparece el continuo cambio casi como lo único constante en los vastos territorios desde las altas montañas del Asia central hasta las columnas de Hércules. Apenas se concibe que pudiese existir desarrollo incesante en un imperio cuya paz interior solo fué completa una vez durante 17 años y otra durante seis, y apenas parece, por lo mismo, justificado hablar del apogeo

(1) «El convento de la Calavera,» á unas cinco millas de Kufa, en el camino de Basora.

de una dinastía que no pudo conservar siquiera durante veinte años esta primera y principal condicion de todo organismo político. Verdad es que hasta cierto punto puede modificarse este juicio la consideracion de que solo fué el Irak el que, tras tan corto interin, padeció nuevas convulsiones, mientras que reinaron la paz y el orden durante 55 años en la Siria y hasta 60 en el Egipto. Pero precisamente el Irak, en la época á que hemos llegado en nuestra descripcion histórica, comienza á convertirse en centro de la actividad intelectual dentro del Islam, actividad que cada dia tiende mas á un desarrollo pacífico de los principios ya existentes con exclusion de toda innovacion revolucionaria; sorprende, en verdad, que hubiese campo para esta tarea en un terreno que, constantemente removido por manos airadas, parece que no debia consentir que prosperase en él planta alguna. Únicamente la exuberante fecundidad del jóven y fresco arabismo, segun hemos dicho ya, pudo durante mas de un siglo renovar una y otra vez las nobles fuerzas malgastadas en las continuas guerras civiles. Parece casi increíble el extraordinario número de inteligencias privilegiadas y creadoras que hasta muy adelantada ya la época de los Abasidas produjeron ó albergaron durante su florecimiento las ciudades hermanas Basora y Kufa. No obstante, no se puede dudar de que tambien allí fué indispensable un período de estabilidad, por breve que fuera, para que las gentes se acostumbraran á no llevar toda diversidad de opinion teórica á la práctica de la proclamacion revolucionaria, y, por el contrario, comenzaran á tratar y fomentar las cuestiones intelectuales por medios tambien intelectuales. El haber proporcionado esta estabilidad durante veinte años á las dos principales poblaciones del Irak fué el mérito de Haddschadsch, y así se convirtió, á buen seguro inconscientemente, el maestro de escuela de Taif, ya que no en el *praeceptor Arabia*, en el primer protector de la ciencia árabe.

Bastante mal han pagado, por cierto, á Haddschadsch los sabios árabes el que les proporcionara lugar para sus tareas. El sitiador de la Meca, el perseguidor de los piadosos de Medina está mal notado entre los historiadores de la época abasida; la dureza y la despreocupacion con que tanto él como su antecesor Sijad procedieron para poner orden en el revuelto Irak, son presentadas como desapiadada crueldad, mientras que ambos, ante la crítica imparcial, no fueron mas que verdaderos niños comparados con los Abasidas en el derramamiento de sangre, aun sin tomar en cuenta la refinada abominacion del tormento, introducido por estos últimos segun el uso persa. Tenemos el deber de rehabilitar á Haddschadsch como funcionario severo, pero justo, que segun la costumbre de la época procedía sin contemplacion cuando lo creía necesario, pero que no fué en manera alguna el tirano que ha hecho de él la falseada historia posterior; y aun esta misma historia no se atreve á poner en duda la rara honradez del hombre que á su muerte, despues de haber gobernado casi como señor absoluto la mitad del imperio de los califas, no dejó sino sus armas, su Corán y algunos cientos de dirhems en metálico. En todo caso, solo á él se pudo deber que hasta algunos años despues de su muerte reinara todavía completa paz en el Irak, y luego, con cortos interregnos, una tranquilidad relativa durante unos quince años mas bajo el mando del capaz Jalid El-Kasrí. No pudiendo esperar que los habitantes de aquel país cambiaran sus invertebradas inclinaciones, encontró Haddschadsch un nuevo medio para tenerlos sujetos: edificó junto al gran canal de comunicacion entre el Tigris y el Eufates, que atravesaba de Norte á Sur el centro de la Mesopotamia y que él mismo habia mandado abrir, ó mas bien restaurar, una nueva ciudad situada á igual distancia de Kufa, Basora y Ahwas, frontera esta